

CAPÍTULO IV.

CONCEPTO DE LA FILOSOFÍA.

Poseemos la noción, las condiciones y la división de la ciencia en general. Tócanos ahora averiguar en qué consiste la filosofía y cuál es su posición en la ciencia. ¿La filosofía es toda la ciencia, *rerum divinarum humanarumque scientia*, ó bien es una ciencia aparte ó solamente un punto de vista de la ciencia? Si es una ciencia distinta, ¿cuál es su puesto en el conjunto de las ciencias? ¿Qué especies de conocimientos comprende, á qué objetos se aplica, cuál es su valor, cuáles son sus condiciones y su división? Hé aquí lo que nos falta examinar.

Nos proponemos establecer que la *filosofía* se opone á la *historia*, como el conocimiento racional al conocimiento experimental. Estas dos ciencias se combinan entre sí en la *filosofía de la historia*, como los dos órdenes de conocimientos de que provienen se unen en el conocimiento aplicado. En el conjunto de las ciencias, la filosofía y la historia representan la antítesis, cuya síntesis es la filosofía de la historia. En fin, el conocimiento indeterminado, el conocimiento del Sér en tanto que es Sér, encuentra su expresión en esta rama de la filosofía que se llama desde Aristóteles *filosofía primera* ó *metafísica*. En la división general de la ciencia, la metafísica es la tésis: es la ciencia universal del sér en tanto que es sér, como el Stagirita ya la definía, ó la ciencia del sér indeterminado, mientras que la filosofía es la ciencia del sér como eterno, y la historia la ciencia del sér como temporal ó viviente. Sin embargo, no olvidemos que la metafísica no es más que una ciencia filosófica, si nos remitimos á la oposición de la razón y de la sensibilidad, de *à priori* y de *à posteriori*, de la filosofía y de la historia. En consecuencia no siempre es útil ni aun posible mantener una línea divisoria muy clara entre la filosofía y la metafísica.

La división general de la ciencia puede, pues, reunirse en el cuadro siguiente, correspondiendo término por término á la división genética del conocimiento:

METAFÍSICA.

HISTORIA.

FILOSOFÍA.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.

I.

LA FILOSOFÍA.

La filosofía no es la ciencia universal, sino una ciencia dotada de caracteres distintivos; no es todo el sistema de conocimiento, sino *un sistema* de conocimientos particulares, un órgano del cuerpo científico. La filosofía es á la ciencia como la parte es al todo ó como el espacio es al género: sostiene en consecuencia con la ciencia relaciones de distinción y de unión, relaciones de subordinación, de capacidad y de fundamento. Todo lo que conviene á la ciencia en general conviene á la filosofía, y todo lo que repugna á la filosofía, repugna á la ciencia. Las mismas proposiciones se aplican á la historia en sus relaciones con el sistema científico. La filosofía podía confundirse con la ciencia en su origen, cuando el pensamiento ninguna diferencia hacía entre los hechos y los principios, pero después que esta diferencia es conocida, la filosofía está separada de la historia y no ha sido considerada sino como una parte de la ciencia. La historia y la filosofía forman la ciencia en general, como dos especies forman un género.

¿Pero la filosofía es una ciencia? ¿No es más bien *un punto de vista de las ciencias*? ¿No debe limitarse á comparar los hechos y á desenvolver algunas consideraciones generales sobre los fenómenos, á medida que se presentan al espíritu en las ciencias que se ocupan de ellos? Esto es lo que pretenden hoy día algunos autores desprovistos de método y de principios. Si hay *consideraciones generales* que emitir sobre los hechos, hay otra cosa más que los hechos, hay materia para una ciencia nueva, extraña á la ciencia de los fenómenos; ¿y por qué entonces estas consideraciones generales no estarían reunidas en un todo, de la misma manera que los fenómenos se agrupan en series? Hé aquí ya la filosofía como ciencia distinta, si se quiere disimular el conocimiento de los principios bajo la comun denominación de consideraciones generales. ¿Se quiere que la filosofía no se ocupe más que de un punto de vista de la realidad? Sea; lo mismo sucede en toda ciencia, á excepción de la ciencia del sér indeterminado. Los hechos son una determinación temporal de la esencia, como los principios son su determinación eterna. El espacio, el tiempo, el movimiento son formas de la sustancia, lo que no

impide que las matemáticas sean una ciencia. El derecho no considera sino el lado condicional de la vida, lo que no pone obstáculo á la constitucion del derecho, como ciencia de las condiciones de la vida racional. Nada se opone, pues, á que la filosofía sea una ciencia, puesto que expone su objeto con método y llena todas las condiciones de la ciencia.

¿Pero cuál es el *objeto* de la filosofía? La filosofía es esta parte de la ciencia que contiene nuestros conocimientos más elevados; es el sistema del conocimiento racional y del conocimiento indeterminado, es decir, el *sistema del conocimiento à priori*, que escapa á los límites de la observacion y se apoya en una intuicion intelectual. Los que prueban la existencia de este género de conocimientos independientes de la esperiencia, deben igualmente probar la posibilidad de la filosofía como ciencia. Si no hay elemento *à priori* en el pensamiento, no hay lugar para la filosofía, porque la filosofía tiene su origen en la razon y no en la sensibilidad. El objeto de la filosofía es, pues, el conocimiento supra-sensible. La filosofía no es una ciencia de hechos, sino de *principios*; no es una ciencia de fenómenos variables y contingentes, sino de leyes inmutables y de causas necesarias; no es la ciencia de lo que muda, sino de lo que es. Platon la definia *ciencia de las ideas*, y Aristóteles *ciencia de las causas*, y ámbos tenían razon, si se entiende por idea la expresion de la esencia eterna de las cosas. Todos estos objetos, leyes, causas, principios se conciben directamente en sí mismos por una intuicion intelectual, se enuncian en el lenguaje bajo forma de proposiciones categóricas, apodícticas y universales. La causalidad, por ejemplo, es un principio, que se formula en estos términos: *todo lo que es determinado debe tener una causa*. Los principios de identidad y de contradiccion se presentan á la conciencia bajo los mismos caracteres: *toda cosa es lo que es; ninguna cosa puede ser y no ser á un mismo tiempo y bajo la misma relacion*.

Pero la filosofía no se ocupa de los hechos, de los individuos, de lo que acontece en el tiempo, estudia además el hecho mismo, la individualidad en general, los conceptos del tiempo y del mudar. Sin entrar en el análisis de tales ó cuales órdenes de fenómenos, se puede preguntar porqué hay fenómenos y cómo se producen: se trata entónces de la nocion racional del fenómeno. De la misma manera se pueden averiguar los atributos comunes y esenciales de los individuos ó el principio de la individualidad, sin detenerse en el re-

trato de tales ó cuales personajes. Aunque todo varíe en el tiempo, el tiempo no varía, y aunque todo mude en la vida, el mudar queda como es, la série continua de los estados que pasan de la posibilidad á la realidad. En una palabra, hay en todo sér que cambia alguna cosa que no cambia, es á saber, la esencia del sér, y esta esencia es tambien un objeto de especulacion filosófica.

¿Pero de qué principios, de qué leyes, de qué causas se ocupa la filosofía? De todos los principios, de todas las leyes, de todas las causas. Hay en todos los órdenes de cosas verdades de principio, que se deducen unas de otras, porque están ligadas entre sí por relaciones necesarias y verdades de hecho que se prueban por la observacion y que dependen de las circunstancias. La filosofía es el *sistema de principios*, la ciencia de las leyes y de las causas en general. Se aplica lo mismo á los principios del conocimiento, que á los principios de la existencia. Cuando decimos: *ningun conocimiento sin sugeto y objeto*, ninguna verdad sin relacion adecuada entre el pensamiento y la realidad, proclamamos ya los principios; lo mismo viene á ser cuando afirmamos que todo sér finito implica interior y exterior, afirmacion y negacion; porque en uno y otro caso traspasamos los límites de la esperiencia, pronunciándonos sobre todos los conocimientos, sobre todos los seres finitos, abstraccion hecha del tiempo y del espacio. Los principios del conocimiento y de la existencia se unen en el principio infinito y absoluto de la ciencia. Este principio es un objeto de la filosofía, como todos los principios subordinados que de él se derivan y que dominan la cosmología y las matemáticas. Todo principio particular proviene como consecuencia de un principio más general; todos los principios forman uniéndose una cadena y una trama, como los teoremas de la geometría, y como los teoremas tienen su razon en el espacio, todo el organismo de los principios halla su fundamento en el primer principio de todas las cosas. Exponer este conjunto de principios bajo una forma sistemática es el objeto propio de la filosofía.

De la misma manera que hay principios de diversos órdenes, existen *causas* de diversa naturaleza, perteneciendo todas al dominio de la filosofía. No es necesario volver á la division de Aristóteles. Las causas finales no son verdaderas causas, designan el fin ó el objeto de la creacion, expresan el elemento teológico de las cosas. En todo plan, en todo organismo, en toda obra que no es efecto del acaso, hay un objeto que se puede descubrir, sin aceptar la deno-

minacion de causa final. La sola causa real es la causa eficiente ó determinante; pero la causa eficiente es ya causa primera ó segunda, ya causa aislada ó concomitante, ya causa libre ó fatal. Se confunde muy frecuentemente la causalidad con la fatalidad, como si los actos libres fuesen efectos sin causa. Se olvida que hay en el mundo seres que se determinan ellos mismos, que obran con autonomía y con discernimiento: son los seres racionales. Nuestros actos son libres y no obstante tienen una causa determinante: es que esta causa no se halla en nuestros actos anteriores ni en sus motivos, sino en la iniciativa del espíritu que se recoge ántes de ejecutar un proyecto y no lo ejecuta en tal caso sino según él mismo. La filosofía toma en cuenta esta diversidad y se desenvuelve además como un *sistema de causas*.

Las *leyes*, en fin, no son ménos variadas que las causas y los principios. Hay relaciones necesarias en el mundo moral como en el mundo físico; solamente que la necesidad moral del deber, que supone la libertad, es otra que la necesidad fatal de la materia, que supone la inercia. La filosofía comprende aun estas dos clases de leyes, es un *sistema de leyes*, el sistema de las leyes naturales, primitivas, divinas, con exclusion de las leyes humanas, que no expresan siempre las relaciones fundadas en la naturaleza de los seres racionales. Las leyes del orden moral se resumen en las ideas absolutas de lo *bueno*, de lo *bello*, de lo *verdadero*, de lo *justo*. El bien designa todo lo que se debe hacer en la vida, la verdad todo lo que se debe conocer, lo bello todo lo que se debe amar, lo justo ó el derecho todo lo que se debe establecer en las relaciones sociales. Cada uno de estos principios se presenta al pensamiento como una ley universal aplicable, no solamente á la vida terrestre, sino á la vida infinita, y se impone á la conciencia á título de imperativo categórico. La razon no se satisface sino á este precio. Las ciencias morales y políticas, que descansan en esta base, son, pues, ciencias filosóficas, que no deben confundirse con la historia de las costumbres, de las legislaciones, de las artes y de las ciencias. Aquí los hechos son aun distintos de los principios, frecuentemente opuestos á los principios, porque el mundo moral está regido por la libertad. Los hechos son á los principios como la realidad imperfecta es á lo *ideal*. Por eso la filosofía, ciencia de las ideas eternas, es además la ciencia de lo ideal, como Platon habia ya comprendido.

El bien, como ley de la voluntad, se organiza en el sistema de

los deberes; la justicia, en el sistema de los derechos; la verdad, en el sistema de las *categorías*. Las categorías son las leyes del pensamiento que aplicamos á todos los objetos del conocimiento. Aristóteles habia descubierto diez, algunas de las cuales no son fundamentales. Kant las reducía á cuatro, la cantidad, la calidad, la relacion y el modo. Otros no quieren admitir más que dos, la sustancia y la causa. La última simplificación, operada por Krausse, consiste en reducir el cuadro de las categorías á la unidad, refiriendo todos los atributos comunes y universales á la idea primordial del *sér*. El *sér*, en efecto, es lo más oculto de nuestros pensamientos. Nos es imposible pensar sin afirmar alguna cosa, es decir, sin afirmar el *sér*. El *sér* se halla á la vez en todas las operaciones de la inteligencia y en todas las manifestaciones de la realidad, como término comun al sugeto y al objeto del conocimiento. Es, pues, una ley, es la ley más simple y más elevada del pensamiento, la que contiene todas las demás. Basta determinar ó analizar el *sér* para obtener toda la série de categorías. El *sér* puede ser considerado desde luego en sí mismo, despues en su contenido, en fin, en sus relaciones con su contenido. De ahí las leyes de la tésis, la antítesis y la síntesis, que hallan en todas partes su aplicacion, como hemos tenido ocasion de convencernos. Considerado en sí mismo, el *sér* tiene una esencia, una forma, una existencia. De ahí nuevas leyes, en que los principios de identidad, de contradiccion y de razon suficiente hallan su puesto y sus límites. Una de las principales ventajas de esta *tópica* lógica, es que las leyes del pensamiento parecen idénticas á las leyes de la realidad. Desde entónces se desvanece la formidable objecion de Kant contra la legitimidad de nuestros conocimientos; es á saber, que la constitucion del espíritu humano no responderia á la constitucion de las cosas.

La filosofía es, pues, el sistema de los principios, de las causas y de las leyes que presiden al orden universal. Y como los principios no son ni fenómenos pasajeros, ni accidentes locales, se puede decir que la filosofía es *independiente de lugares y de épocas*, ó que ejerce su imperio en el tiempo y en el espacio sin límites. Los hechos históricos enriquecen la memoria para un tiempo, pero si deben acumularse sin cesar, la sobrecargarán por su abundancia. Cada humanidad de un globo tiene su historia particular, pero los incidentes de la vida terrestre, tan importantes á nuestra vista, no tienen el mismo precio para los habitantes del cielo. Al contrario,

los principios son en todas partes y siempre los mismos; las leyes de la organización, del movimiento y del cálculo no cambian según el tiempo y los lugares; lo que es verdadero, bueno y justo acá abajo, queda verdadero, bueno y justo allá arriba. La filosofía del cielo puede ser más perfecta, pero no es otra que la de la tierra. Nuestras matemáticas superiores pueden ser elementales para los espíritus más cultivados, pero en ninguna parte se tratan de errores los teoremas que reconocemos como ciertos. El ideal de la humanidad se perfecciona de globo en globo, á medida que los seres se elevan cada vez más á la conciencia de su dignidad; pero si se comprende bien, es aplicable á la vida infinita. Por último, los principios, las leyes, las causas están fundadas en Dios, por consiguiente inalterables é incorruptibles como la esencia divina; la humanidad es una, y no tiene más que una sola naturaleza, por tanto un sólo ideal; la verdad, la belleza, el bien y la justicia son los atributos mismos del ser todo perfecto, Dios los realiza en la presencia infinita, el hombre los realiza en la medida de sus fuerzas, pero son las mismas leyes las que rigen la actividad divina y la actividad humana. La filosofía como ciencia de los principios de la vida universal es, pues, eterna é inmutable como su objeto. ¿Es esto decir que la filosofía excluye el progreso? No, pero el progreso está en las doctrinas que aspiran á la verdad y que después del desenvolvimiento no está en la verdad misma. Las aspiraciones á la ciencia son múltiples, pero la ciencia es una. Cuando la ciencia está formada, no cambia; no cambia en su base, pero puede aun perfeccionarse sin fin en sus corolarios, en sus aplicaciones y en sus relaciones; porque la verdad es infinita como Dios y no puede agotarse por los espíritus limitados, sino en el tiempo infinito. Queremos simplemente decir que cuando la filosofía esté constituida como ciencia de principios, será por su naturaleza invariable en su base, y valedera para la vida futura como para la vida terrestre, pero quedará siempre perfectible. Esto es ya verdad de una rama de la filosofía, las matemáticas. Enriquecerse con conocimientos filosóficos es, pues, prepararse para la eternidad.

El concepto de la filosofía determina su extensión; la ciencia de los principios en general es necesariamente una *ciencia enciclopédica*. Todos los objetos del pensamiento que hemos reconocido en la división de la ciencia, pertenecen, bajo una relación, á la filosofía, como pertenecen á la historia bajo otra relación. El doble punto de

vista de los principios y de los hechos, de lo eterno y de lo temporal, es lo que distingue estas dos ciencias. Se acostumbra decir en Francia que la filosofía es la ciencia del *yo* y de sus relaciones: esto es hacer creer que la psicología es toda la filosofía, mientras que no es más que su principio. Otros han dicho que la filosofía es la ciencia de la naturaleza: es hacer suponer que la naturaleza es el conjunto de las cosas, mientras que no es sino una parte de ellas. Otros consideran la filosofía como la ciencia de Dios, la ciencia de lo absoluto, la ciencia de lo infinito, la ciencia de la identidad absoluta del espíritu y de la naturaleza: es decir, que la metafísica absorbe toda la filosofía, cuando no es más que su fin. Todas estas definiciones, hechas según el idealismo, el materialismo ó el panteísmo, son incompletas. La filosofía es á la vez la ciencia de *Dios*, la ciencia de la *Naturaleza*, la ciencia de la *Razon*, la ciencia de la *Humanidad*, pero no considera estos objetos más que en su faz eterna ó en su esencia una y entera. El Espíritu, la Naturaleza y la Humanidad son únicos, infinitos y absolutos en su género; Dios es el Ser puro y simple; la unidad de la esencia, lo infinito y lo absoluto, completos: hé aquí lo que concierne á la filosofía. Pero las manifestaciones de la humanidad sobre los diversos puntos del espacio, los fenómenos del mundo físico ó del mundo espiritual en los diversos momentos de la duración, los decretos de Dios en el gobierno providencial de las cosas: hé aquí el destino de la historia. Se comprende ya que la filosofía podrá dividirse como la ciencia misma según sus objetos: hay una filosofía de Dios, una filosofía de la Naturaleza, una filosofía del Espíritu, una filosofía de la Humanidad.

La filosofía, como tal, está fundada en el espíritu humano, y satisface las necesidades de la razón. Es bastante decir que es *legítima* por sí misma y que, lejos de condenarla en nombre de una autoridad extraña, conviene animarla y defenderla. Sin duda se puede abusar de la filosofía, como se abusa del sentimiento religioso, pero el abuso no debe hacer proscribir el uso. Si una falsa ciencia desvía el espíritu de Dios, como decía Bacon, la verdadera ciencia lo trae. Por lo demás, los extravíos del pensamiento no provienen sino del pensamiento: la polémica basta para hacerles justicia. La ciencia en general tiene su *origen psicológico* en el instinto de la curiosidad, que se manifiesta ya en la infancia y que se transforma en deseo de saber, á medida que la conciencia se despierta. Traduciendo el pensamiento de Aristóteles, se puede decir que la historia ha naci-

do del deseo de conocer el hecho, τὸ ὄν, y la filosofía del deseo de conocer el por qué de los hechos, τὸ διότι. Ningun sér racional puede satisfacerse del hecho, y el hecho mismo no es suficientemente conocido tan largo tiempo para que se ignore su razon.

Es filosofar ya, informarse de la causa de los fenómenos de la sensibilidad, pero el espíritu filosófico se eleva á un grado superior cuando á la investigacion de las causas se une la crítica y se remonta de causa en causa hasta la causa suprema, á fin de obtener una explicacion del conjunto de las cosas. A esta necesidad eminente del pensamiento, que aspira á la posesion de la verdad entera y que no puede ser satisfecha por ninguna ciencia especial, es á lo que responde la filosofía. Ciertamente es fácil tocar en la duda, cuando se carece de brújula ó de método, lanzándose en semejante empresa; pero la duda misma acusa la virilidad de la inteligencia y tiene su utilidad para la conquista de la verdad: fuerza al espíritu á recogerse, á darse cuenta del valor de sus facultades y de los medios de que dispone para atender á su objeto. El escepticismo ha suscitado el método, como la enfermedad provoca el remedio.

La *utilidad* de la filosofía resulta de su concepto. No es este el momento de examinar la influencia de la filosofía sobre el desenvolvimiento de las ciencias particulares: esta cuestion se presentará en seguida. Debemos limitarnos á consignar aquí su importancia para la cultura del espíritu humano. ¿Qué fruto puede sacarse del estudio de la filosofía? ¿Cuál es su accion sobre el pensamiento, sobre el sentimiento, sobre la voluntad? ¿En qué relaciones está con el carácter, con la dignidad del hombre, con la tolerancia de las opiniones, con la independencía y con el destino de la razon? Hé aquí lo que importa averiguar. Y como la sociedad se compone de individuos, como el progreso general es el resultado del concurso de todas las fuerzas individuales, ¿no será permitido concluir del modo de accion de la filosofía sobre sus adeptos su modo de accion sobre los grandes movimientos de la civilizacion?

La filosofía desde luego, como ciencia de los principios, extiende, eleva y madura el *pensamiento*; habitúa la inteligencia á ver las cosas de arriba en sus causas y en sus leyes, ensancha al mismo tiempo el horizonte del espíritu y le permite comprender un vasto conjunto; nos obliga, en fin, á entrar en nosotros mismos, á luchar contra nuestras propias ilusiones para llegar seguramente á la verdad, y en este ejercicio fortifica y perfecciona nuestra actividad in-

telectual. La *elevacion*, la *extension* y la *madurez* de la inteligencia son consecuencias naturales de una aplicacion seria á la filosofía. Este es, se dirá, el efecto de toda ciencia. Sea, pero á condicion de que la ciencia de que nos ocupamos sea cultivada de una manera filosófica en sus principios y en sus relaciones; si nó, se sacrifica el conjunto á los detalles y se cae en el exclusivismo. Las ciencias especiales prácticas, como especialidades, no hacen frecuentemente más que estrechar, comprimir y oscurecer la inteligencia. El estudio de la filosofía no ofrece este peligro: léjos de ahogar el pensamiento, le dá su vuelo hácia las regiones superiores de lo ideal y de lo divino y lo conserva de lo que excede la realidad vulgar, de lo que es eternamente digno de admiracion y de meditacion. La filosofía nos ofrece la exacta perspectiva de las cosas y lo coloca todo en su puesto. ¿Qué son los accidentes fugitivos de la sensibilidad con referencia á la razon, qué significa la vida terrestre con relacion á la vida infinita, que vale el mundo con relacion á Dios? Conocemos las soluciones contrarias del sensualismo y del misticismo: para el uno, los fenómenos materiales de la vida presente son toda la ciencia y toda la felicidad; para el otro, no son nada. La verdadera filosofía, igualmente alejada de todo exceso, no profesa ni la misma estimacion ni el mismo desden para las manifestaciones de la naturaleza sensible. Acepta las sensaciones, los placeres, los intereses, pero los somete á las leyes de la razon y del deber; aprecia la vida terrestre, pero no vé más que una parte del destino humano; ama y respeta el mundo, pero honra más á su autor. La filosofía considera la vida actual con el cortejo de sus grandezas y de sus miserias, como la astronomía moderna considera la tierra misma. Ptolomeo apelaba al testimonio de sus sentidos, cuando colocaba la tierra en el centro del mundo. Para poner la tierra en su nivel ha sido preciso subordinar los sentidos á la razon y relacionar el movimiento de los astros con las leyes de la mecánica en contra de las apariencias. Así es como la filosofía, expresion más alta de la razon, debe desde el punto de vista de los principios reemplazar en todas partes la ilusion por la realidad y atribuir á cada cosa su valor.

Permitiéndole al espíritu pronunciarse con discernimiento sobre las cosas y sus relaciones, la filosofía acaba la *educacion* del pensamiento. La madurez del juicio resulta del desenvolvimiento completo del conocimiento y de la pacífica posesion de la certeza sobre los intereses mayores de la humanidad. ¿Qué es el hombre? ¿De dónde